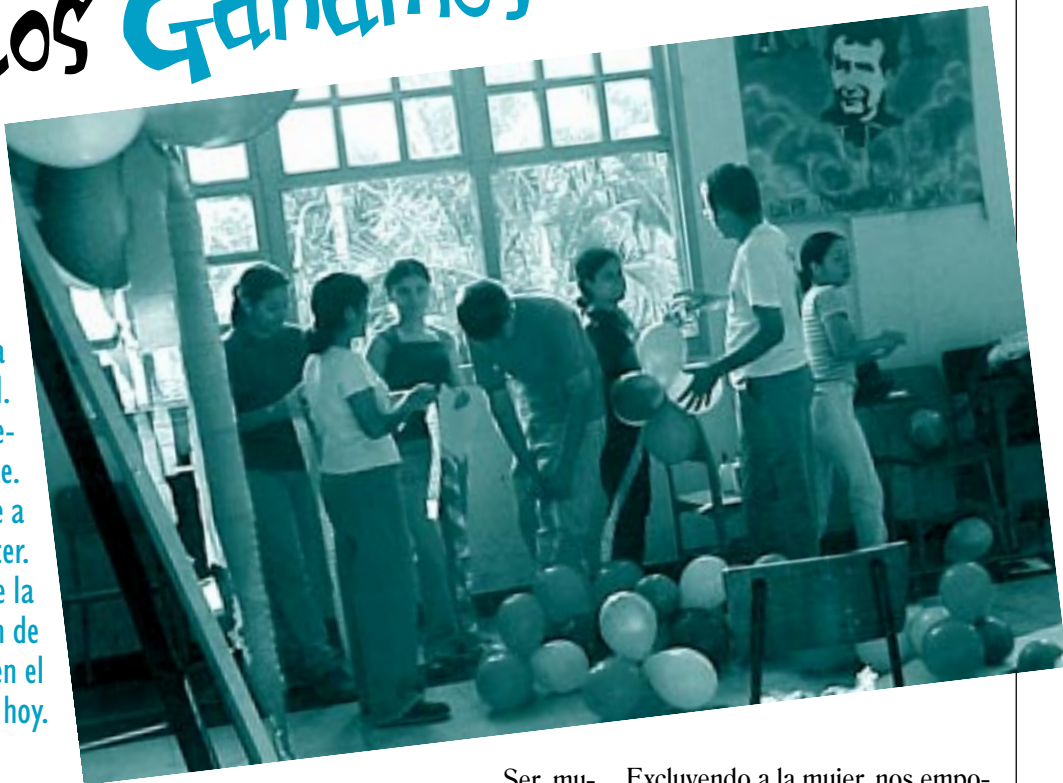


Todos Ganamos

El panorama es desigual. Pero el problema persiste. Y se resiste a desaparecer. Se trata de la marginación de la mujer en el mundo de hoy.



Sin hacer referencia a casos extremos como la increíble humillación que sufren las mujeres en muchos países árabes, Centro América tampoco puede situarse entre los países con alta emancipación femenina.

En nuestro pequeño mundo centroamericano la situación femenina se presenta desigual. Cada país de nuestro istmo ha ido trazando peculiaridades culturales en desfavor de la mujer. El nivel socioeconómico define con frecuencia la mayor o menor autonomía de ellas.

Los varones tienden a ignorar, minimizar o ridiculizar el mismo planteamiento del problema. La situación de desventaja femenina ha sido así por siempre y no cabe en una mente machista que se pueda dar otra alternativa.

Ser mujer implica con frecuencia subordinación, pasividad, marginación, explotación, resignación.

El mundo ha sido manejado por los hombres. Y los resultados son más bien decepcionantes. Se ha creado una cultura de violencia, rivalidad y agresión. El siglo que dejamos atrás ha sido calificado como el más violento en la historia de la humanidad. Los procesos económicos actuales nos asustan por su excesivo acento en la codicia y la explotación desmesurada.

La Iglesia misma se ha visto mermada por una casi exclusiva gestión masculina. La reflexión teológica habría ganado mucho con una presencia proporcionada de teólogas. La gestión eclesial podría enriquecerse si la mujer tuviera acceso a puestos de responsabilidad dentro de la misma.

Excluyendo a la mujer, nos empobrecemos todos. Nos hace falta la original aportación femenina. Una generosa dosis de compasión, ternura y diálogo enriquecerá a hombres y mujeres.

Ni machismo ni feminismo. Ni superiores ni subordinadas. Iguales en dignidad, diferentes en la original aportación de cada sexo. No se trata de predominios o rivalidades, que generan desconfianzas. Es más bien dejar circular, para bien de todos, la riqueza femenina y masculina.

Habrà que romper esquemas mentales resistentes y prejuicios inveterados. Hay que optar decididamente por la igualdad entre ambos sexos. Al menos, por allí parece apuntar el designio de Dios.

Heriberto Herrera
hherrera@telesal.net

El machismo:

un fenómeno en el que todos son víctimas.

Mario Olmos - mol@citt.cdb.edu.sv



Fotografía de El Diario de Hoy

No lllore, hijo, que usted es macho!

Con cuánta frecuencia es posible escuchar esta frase en boca de muchos padres dirigiéndose a sus pequeños hijos varones. Con el afán de tranquilizarlos o enseñarles a no tomarse las cosas tan a pecho les es inculcada la idea de que el llanto es algo que va contra la naturaleza. Contra la naturaleza sí, porque a partir de dicha frase a estos pequeños les resulta difícil comprender para qué la naturaleza les dotó de la capacidad de llorar siendo ellos hombres.

Con la palabra machismo nos referimos a un modo particular de entender lo que debería ser la manera propia de pensar, sentir y actuar de los hombres: la actitud de dominación y preponderancia sobre la mujer, la total libertad en lo sexual, la imposición de la propia voluntad a través de la fuerza, etc. Esta actitud que muchas veces es asociada al ambiente propio latinoamericano es, sin embargo, un elemento presente en muchas culturas. En efecto, existe una concepción subordinada de la mujer no sólo en el contexto cultural latinoamericano, sino en casi todas las culturas en que predomina un inflexible esquema de organización patriarcal. Aunque con otras expresiones, el modo de pensar, sentir y actuar respecto a los roles del hombre y la mujer continúa siendo similar en estas culturas: una visión activa y dominante del hombre, una visión pasiva y subordinada de la mujer.

Las víctimas del machismo.

El machismo es un modo particular de entender la función y la actuación del hombre en la sociedad, función que ordinariamente se ha entendido como considerar a los hombres con autoridad sobre las mujeres. El fenómeno sin embargo no se reduce sólo a la relación con la mujer. Las actitudes de superioridad y dominación, propias del machismo, afectan igualmente a los demás miembros de la familia y la sociedad: los propios hijos, niños y jóvenes; los otros personas presentes en la comunidad, mujeres u hombres.

Los efectos negativos sobre estos grupos sociales se reflejan en el incremento de casos de acoso sexual, en la violencia verbal, psicológica y física de los distintos miembros de la familia, en las actitudes de violencia en las relaciones sociales, económicas y políticas. Las víctimas del machismo son todos los miembros de la sociedad, incluyendo aquellos que lo practican o lo promueven. Es toda la sociedad la que pierde, pues se desvirtúan las relaciones humanas auténticas.

Contrario a cuanto pueda suponerse, no son sólo los hombres los promotores de este modo de pensar. Si consideramos que muchos de nuestros esquemas mentales los adquirimos a temprana edad, está claro que muchas veces son las propias mujeres quienes transmiten este modo de pensar a sus hijos. Cuando la madre dice a la hija: «*Vos tenés que ayudarme en los quehaceres de casa porque sos mujer*», está enviando un mensaje no sólo a su hija sino también a los hijos varones presentes en su hogar. Todos somos potenciales promotores de esta modo de pensar.

¿Son el hombre y la mujer diferentes?

En la respuesta a esta pregunta se encuentra una de las claves principales para la solución del problema.

Mientras la mentalidad machista considera que hombres y mujeres no son iguales, un feminismo radical corre el riesgo de afirmar -ingenua y problemáticamente- que ambos géneros son totalmente iguales.




Si nos referimos a la dignidad que el hombre y la mujer tienen como seres humanos, afirmamos decididamente la igualdad del hombre y la mujer. Dicha dignidad implica que como seres humanos, todos tenemos los mismos derechos y deberes, la capacidad de ser libres y de actuar desde el uso de nuestra razón, la oportunidad de expresarnos desde nuestra creatividad e iniciativa. Dado que las relaciones sociales se basan en el valor que otorgamos a los seres humanos –y ya hemos afirmado que el hombre y la mujer son iguales en dignidad– no deben existir desigualdades a nivel de la vida social.

No se justifican los estereotipos de género, no se justifican las diferencias de oportunidad educativa y laboral, no se justifican las leyes discriminatorias.

Si, por otra parte, consideramos las diferencias que existen a nivel fisiológico y psicológico, está claro que hombres y mujeres no somos iguales. De ello deriva precisamente la riqueza de la complementariedad para la cual nos ha creado Dios. Existe una diferencia que no es de grado o de valor, sino una diversa manera de ser persona humana en cada una de las cuales se expresan valores y actitudes específicas.

El machismo no sólo es la exaltación de las peores manifestaciones de la naturaleza del género masculino (la agresividad, la dominación, la fuerza bruta, etc.) sino la negación de todos los valores asociados al género femenino. La reafirmación de la propia identidad masculina o femenina no debe darse en la negación o rechazo de lo positivo del género opuesto, por el contrario, la grandeza del ser hombre o ser mujer sólo se revela totalmente al considerar la riqueza que cada uno aporta a la convivencia humana y al desarrollo social.

Si nos referimos a la dignidad que el hombre y la mujer tienen como seres humanos, afirmamos decididamente la igualdad del hombre y la mujer.

Si, por otra parte, consideramos las diferencias que existen a nivel fisiológico y psicológico, está claro que hombres y mujeres no somos iguales. 



“Lo humano” se da en dos versiones

Rolando Echeverría
rolechal@hotmail.com

En una ocasión, mientras charlábamos un grupo de amigos, todos varones, a uno de ellos se le ocurrió preguntar:

- Si ustedes no fueran hombres, ¿qué les hubiera gustado ser?

La pregunta fue sorpresiva, pero llevados por el ímpetu de nuestros años juveniles de entonces, las respuestas no se hicieron esperar: “pantera”, “león”, “delfín”, “toro”, “caballo”, “árbol”... Bajo el impulso del mecanismo proyectivo, dábamos nombre a nuestra aspiración por la destreza, la sagacidad, la inteligencia, la fuerza, la nobleza, la longevidad, según los distintos seres mencionados. Una vez que nos escuchó, el compañero que había provocado tales respuestas, no sin cierta sonrisa maliciosa, dio también la suya:

-Yo, de no ser hombre, hubiera preferido ser mujer.

Nuestros rostros dibujaron extrañeza y estupor ante sus palabras. De ello se dio cuenta nuestro interlocutor, así que añadió de inmediato, previniendo algún mal pensamiento y las consiguientes bur-las de todos:

-Pues sí, preferiría ser mujer, pues es un ser racional igual al varón, a diferencia de los seres que ustedes han mencionado, que son irracionales.

Tuve que aceptar que tenía toda la razón. Nuestro machismo latino nos había impedido hacer su razonamiento. Bajo la seducción de la proyección psicológica, habíamos pensado en seres menos nobles y rebajado nuestra dignidad.

Muchas veces —no sé si sea una tentación exclusiva de los varones— nos olvidamos que el ser humano se da en dos versiones, masculina y femenina. Hasta el idioma español nos desfavorece, pues en la palabra “**hombre**” incluimos tanto al género humano en su conjunto, como al varón en particular, haciendo ambigua la expresión y tomando a veces la parte por el todo, sin preocuparnos de resaltar la diferencia genérica aun cuando amerita.

Si contemplamos la historia humana, nos damos cuenta de que, por lo general, la mujer ha sido relegada a la maternidad y a los oficios domésticos. Es apabullante la lista de mandatarios, pensadores, estrategas militares, legisladores, inventores, descubridores, líderes religiosos, conquistadores, escritores... con nombre de varón. Las mujeres que la historia destaca son más bien una rara excepción a lo largo de los siglos. Hasta hace muy poco, los varones habían acaparado la vida pública. Sin embargo, como bien sabemos, la mujer ha ido tomando conciencia de su valor, de sus capacidades, de la aportación que puede brindar a la sociedad y del papel que es capaz de jugar en el devenir histórico. No sin aires de polémica y de conflicto, se ha ido abriendo un espacio para reivindicar sus justos derechos, con aires de revolución contemporánea.

Hoy en día se acepta pacíficamente, al menos en los países occidentales, la esencial igualdad entre los sexos. Hombre y mujer son dos modos de ser “humano”, con la misma dignidad y los mismos derechos. Sin embargo, cuando uno se pone a considerar las diferencias entre el varón y la mujer, surgen de inmediato las preguntas. ¿Qué sentido tiene la diferencia de sexos en el caso del ser humano? ¿Se puede reducir simplemente a


una necesidad fisiológica, en orden a la procreación? Dada la igual dignidad entre el varón y la mujer, ¿es indiferente ser lo uno o lo otro? ¿Qué es lo específico de cada uno de los géneros?

Un pensador español, Julián Marías, nos habla de **polaridad y complementariedad** para referirse al sentido de la relación entre hombre y mujer. Cada una de las dos versiones del ser humano presenta una riqueza y a la vez una serie de limitaciones. Son dos maneras complementarias de ser **humanidad**. De ahí que no se puede ser verdaderamente hombre sin una referencia al otro polo, el femenino, ni se puede ser auténticamente mujer sin referencia al polo opuesto, el masculino. Pretender realizarse independientemente es mutilarse como humano. Ahora bien, dicha relación debe ser positiva, creadora, capaz de engendrar vida en todas sus manifestaciones, no sólo en sentido biológico. Es una relación no escrita, no determinada por los impulsos biopsíquicos, puesto que el ser humano es **racional**. Por tanto, se trata de una relación que se va haciendo históricamente, en medio de logros y fracasos, avances y retrocesos, marcada muchas veces por el dolor que es propio del crecimiento hacia algo mejor. Aparentemente, la humanidad ha ido haciendo al respecto un camino hacia la madurez. Todavía queda mucho por hacer. La condición es que ambos, hombre y mujer, tomen conciencia de que la relación debe ser enriquecedora. Caracterizada, como punto de partida, por el

respeto mutuo, el diálogo sereno, la confrontación en libertad e igualdad. Cualquier actitud de dominación, superioridad, menosprecio del otro sexo es ya una puerta cerrada al intercambio que ennoblece, enriquece, dignifica.

Es triste constatar que aún hoy, sobre todo en nuestro ambiente latinoamericano, marcado por un nefando machismo, se valoriza poco la relación entre los sexos. Muchas veces la relación de pareja en el matrimonio tiende a caer en la rutina de los que "ya lo saben todo" el uno del otro y cierran la puerta a toda posible novedad, a lo que debería ser una inagotable y permanente incursión en el misterio del otro. Y en lo referente a la amistad, tiende a verse como una relación comprometedora, peligrosa, que fácilmente se desvía hacia el enamoramiento y desemboca en el sexo. Por consiguiente, o es trampolín para la conquista, o es mejor evitarla si se desea salvaguardar la fidelidad conyugal.

Una visión tan estrecha priva a ambos, hombre y mujer, de una experiencia enriquecedora y fascinante: la del descubrimiento en el otro del necesario complemento. El otro sexo es el polo opuesto que me permite ver lo **humano** completo, la presencia estimulante que me ayuda a ir construyendo la plenitud humana, personal y socialmente. Negarse esa experiencia de compartir en profundidad y respeto la complementariedad, sería renunciar al precepto del Creador que fue confiado a ambos, varón y mujer. Precepto que no hay que interpretar sólo referido a la relación conyugal ni mucho menos reducirlo a las relaciones sexuales, sino dándole un sentido amplio: **"Serán los dos una sola carne..."**

La plenitud de lo humano es una tarea inédita, una fascinante aventura que se va haciendo con el serio y responsable compromiso de ambos géneros por compartir lo específico de cada uno, para bien de la humanidad. 



Fotografía de El Diario de Hoy



¿Qué mujer y madre para el tercer milenio?

respeto, solidaridad, don recíproco. Ser don para el otro y, al mismo tiempo, acoger el don del otro, expresa la riqueza de una fecundidad enraizada sobre una misma dignidad e igualdad.

Una estudiosa de la cuestión femenina, Giulia Paola Di Nicola, afirma que el hombre y la mujer aprenden, por caminos distintos, el significado de la maternidad y que ambos cooperan con la propia peculiaridad a la paternidad-maternidad de Dios.

Pensad en una madre que concibe a su hijo, lo custodia durante nueve meses en su seno, lo da a luz, lo ayuda a crecer, lo educa, lo acompaña... Pensad cómo una madre comprende en profundidad las palabras que el sacerdote dice en el momento de la Consagración: 'Esto es mi Cuerpo entregado por

De la peculiaridad de la mujer deseo subrayar un aspecto que me parece 'muy salesiano' y fundamental para cambiar nuestra sociedad: la actitud de cuidar, de atender, de preocuparse del otro, de acoger.

Esta actitud es propia de la mujer, es un aspecto fundamental de la maternidad.

Pero, ¿qué significa concretamente esta actitud? En inglés esta expresión se traduce como 'I care' que significa: tú me interesas, te estoy cercano, te ayudo a realizar-te según tu dignidad de persona,

te respeto, te acoyo, te ayudo a crecer, te sostengo en las dificultades, te preparo para la vida, te llevo 'sobre alas de águila'.

Es tarea específica de la mujer la 'actitud de cuidar', sin embargo, hoy es necesario más que nunca que también los hombres, los chicos desarrollen esta cualidad. De hecho, para construir una cultura más humana, que no gire en la órbita del egocentrismo y de la autoafirmación, sino en la del amor y la solidaridad, es necesaria la aportación conjunta del hombre y de la mujer. La conjugación de la diversidad es enriquecedora e indispensable para una convivencia humana armónica y exige atención,

vosotros'. Nuestra sociedad, nuestro mundo, tiene necesidad de esta actitud materna... La política tiene necesidad de la mujer para ser más humana, la ciencia exige la aportación de la mujer, la salvaguardia de la vida, de toda la vida –también la de la naturaleza– tiene necesidad de ser defendida por la mujer, el mundo de los negocios necesita la ayuda de las mujeres, la paz invoca a la mujer, porque ella sabe muy bien lo que cuesta la guerra para sus hijos.

El tercer milenio que estamos iniciando tiene necesidad de la maternidad espiritual, afectiva, cultural de la mujer, de aquella materni-

Enrica Rosanna, FMA

dad 'que puede' incidir profundamente en el desarrollo de las personas y en la humanización de la sociedad.

Para que podáis comprender mejor el gran don que la mujer puede hacer a la humanidad de hoy y de mañana, os presento algunos ejemplos de mujeres que han enriquecido nuestro mundo con su presencia y misión.

Madre Teresa de Calcuta, que cuida de los más pobres, de los más abandonados, de los que nadie quiere, que cuida de su vida y los acompaña con delicadeza y ternura hasta la puerta de la muerte...

Yo he tenido la fortuna y la alegría de estar junto a ella un mes, durante el Sínodo de la Vida Consagrada en el Vaticano, y la he escuchado muchas veces hablar del amor materno de Dios hacia la humanidad, de la predilección del Señor por los pobres... He constatado su amor por los excluidos, los moribundos, los leprosos, y he visto como 'los grandes de la tierra' se han acercado con respeto y gratitud a esta humilde y gran mujer.

Todas las mujeres tienen una capacidad particular para cuidarse de quien es pobre, de quien sufre en el cuerpo o en el alma, de quien es humillado, de quien es más débil...

¿Quién de nosotras se siente capaz de ser como madre Teresa?, ¿quién se siente dispuesto a echarle una mano al Señor, para cuidarse de aquellos que son sus predilectos?

Margarita, la madre de Don Bosco, la humilde mujer de campo, fuerte y tierna, que no tiene miedo de dejar sus únicas

y pobres cosas, su pueblo, su casa llena de recuerdos, 'para cuidar', para hacerse madre de los jóvenes de su Juanito, que llegan al Oratorio de día y de noche, hambrientos y solos.

Muchas mujeres, como Margarita —en todo el mundo— cuidan a niños y jóvenes que no han gestado, los nutren, los guardan, los educan, los preparan para afrontar la vida. Pensad en tantas mujeres, en todas las religiosas, en las enfermeras, en las misioneras, en el Voluntariado...

María Mazzarello, la mujer humilde y sabia que comparte con Don Bosco la intuición de que la educación es el factor más dinámico y generador de la historia y, junto a D. Bosco, se convierte en 'artista de la educación' y se cuida de las jóvenes ayudándolas a alcanzar la plena madurez y a asumir responsablemente un puesto en la sociedad y en la historia. María Mazzarello, en la escuela de Don



Fotografía de El Diario de Hoy

Bosco, se cuida de toda la vida de los jóvenes: vestido, casa, trabajo, estudio, alegría, compañía. Llega al corazón de las jóvenes hasta provocar en ellas el deseo y el entusiasmo del crecimiento espiritual, intelectual, humano. También hoy, las hijas de María Mazzarello continúan esta historia de amor en todo el mundo. Estamos aquí por los jóvenes, para su crecimiento en humanidad, y nos cuidamos de ellos, de sus necesidades, de sus sueños, de sus problemas, y los enseñamos a volar alto, a pensar en grande... Ellos son nuestro tesoro, la razón de nuestra elección vocacional por el Señor.

Concluyendo....

La capacidad de cuidarse, este don de amor, tan fundamental para nuestra sociedad anónima, egoísta, violenta, debe cultivarse como una planta, como una flor. A ser mujer se aprende. A ser mujeres capaces 'de cuidar' se aprende.

El sendero del amor, del don de sí, que es el regalo más grande que podemos hacer a la humanidad, cuesta esfuerzo, supone interés, compromiso, oración, ascesis, contemplación y requiere un camino.

He leído un poema escrito por un autor griego en el que se dice: **no sabemos cuál es nuestra estatura hasta que no nos levantamos**. Que el Padre, con sus manos materna y paterna, nos ayude a levantarnos con valor para descubrir nuestros dones y ponerlos a disposición de Dios y de los jóvenes.





Jesús y la mujer

Mario Fiandri - marfi@ufm.edu.gt

La condición de la mujer imperante hoy en el mundo árabe es la misma que presentaban los códigos de Israel -igual que los del antiguo Oriente Medio en general- en los tiempos de Jesús: la condición de una menor de edad; su importancia y su influencia queda vinculada a su función sexual, reproductora y maternal.

Teóricamente, Israel se distingue por su fe en Dios creador, que afirma la igualdad fundamental de los dos sexos. Según la Biblia ambos sexos son un dato fundamental de la naturaleza humana: «el hombre fue creado como varón y hembra». Esta fórmula expone la paridad hombre/mujer y la doble misión de la mujer con relación al hombre.

La mujer, a diferencia de los animales, tomada de lo más íntimo y más noble de Adán, tiene la misma naturaleza que él. Adán, respon-

diendo al designio divino de darle «una ayuda, semejante a él», se reconoce en ella y con ella se siente feliz y realizado. En el plano de la creación original, la mujer completa al hombre. La Biblia identifica a la mujer con la vida: ella es «la viviente», «la madre de todos los vivientes», o -mejor todavía- «la que da vida», «la que hace vivir».

Pero, prácticamente, la dignidad y la misión de la mujer quedaron muy limitadas. La ley mantuvo a la mujer en segundo rango.

La verdadera situación y grandeza de la mujer sólo fue revelada con la venida y la actuación de Cristo. La dignidad de la mujer queda consagrada en la Anunciación, cuando el Señor nace de una mujer, María, virgen y madre.

Jesús no lanza proclamas ni ofrece recetas morales; sino que actúa. Va a la raíz de los problemas. La raíz es la paternidad de Dios. Dios es padre de todos, sin privilegios ni

discriminaciones. Si lo es de todos, todos somos verdaderamente iguales y hermanos. Jesús se opuso radicalmente a las discriminaciones sociales de su tiempo: enfermos, leprosos, pecadores niños, extranjeros, la mujer.

La situación de la mujer en tiempos de Jesús

Las religiones orientales llegaron a negarle a la mujer su naturaleza humana, atribuyéndole naturaleza animal. El culto de Mitra excluía radicalmente a las mujeres.

Los filósofos y escritores presentaban una imagen muy negativa de la mujer. Sócrates la ignoraba completamente. Platón no encuentra sitio para ella en su organización social. Aristóteles considera a la mujer «defectuosa e incompleta por naturaleza, es “un hombre fallido». Para Eurípides es «el peor de los males». Según Pitágoras, la mujer «fue creada del principio negativo que generó también el caos y las tinieblas, mientras que el varón surge del principio bueno que generó la luz y el orden». Epicteto, el maestro del estoicismo, coloca a la mujer en el mismo plano que los placeres del paladar y de la gula.

El hebraísmo aparece como una religión de varones. Los textos sagrados ofrecen muchos nombres de varón, pero pocos de mujer. En la lengua del antiguo testamento encontramos ciertas palabras religiosas: piadoso, justo, santo, que no tienen femenino, porque sería blasfemo y sacrilego.

La vida pública era cosa de hombres. Convenía que la mujer quedara retirada en casa. Ella no participaba oficialmente en el culto. La mujer era considerada indigna de participar en las fiestas religiosas. La mujer -a diferencia del hombre- estaba autorizada a dedicarse el sábado a las ocupaciones domésticas

(a pesar de la ley rigurosa del descanso sabatino). Las peregrinaciones mandadas por la ley obligaban sólo a los hombres (las mujeres iban si querían, y como acompañantes de los hombres).

La mujer no podía absolutamente estudiar la toráh (el Pentateuco, o la escritura en general). De ahí el analfabetismo generalizado de las mujeres en un país donde no había analfabetismo masculino, ya que a los cinco años todo varón iba a la sinagoga y aprendía a leer y escribir leyendo la toráh.

La ley obligaba a la mujer a un complejo y permanente ritual de purificación, como si fuera por naturaleza sucia o impura. Un montón de normas «protegían» a la mujer. Era un eufemismo, para exigirle un ideal de fidelidad matrimonial al que el hombre no estaba sujeto. Hombre y mujer se casaban, pero sólo la mujer tenía que vivir como casada. El hombre temía por la fragilidad esencial de la mujer, a la que juzgaba vanidosa y loca, peligrosa y astuta, experta en seducir e inclinada al adulterio.

No se aceptaba en ningún tribunal el testimonio de una mujer (salvo en los problemas estrictamente familiares), argumentando que la mujer es chismosa y mentirosa por naturaleza, y que su palabra no vale nada frente a la palabra de un hombre. El nacimiento de una niña se consideraba una desgracia.

La mujer se consideraba como posesión del marido. No podía salir de casa, a no ser por necesidad y convenientemente velada; no podía conversar a solas con ningún hombre so pena de ser considerada como indigna y hasta adúltera y prostituta. Ante cualquier sospecha de infidelidad, debía someterse a la prueba de los celos. En caso de poligamia -que siempre era poliginia- estaba obligada a tolerar a otras mujeres y podía recibir el li-



belo de divorcio por las razones más fútiles. Sólo a ella se atribuía la esterilidad. En caso de adulterio siempre se condenaba a la mujer, nunca al hombre.

Tres veces al día todo judío varón rezaba así: Bendito seas tú, Señor, porque no me has hecho pagano, mujer o esclavo. A lo que la mujer debía responder, agachada la cabeza: Bendito sea el Señor que me ha creado según su voluntad. El rabinismo de la época de Jesús repetía tercamente que mucho mejor sería que la ley (= la escritura) desapareciera entre las llamas antes que ser entregada a las mujeres. El Levítico, al establecer las tablas para el rescate de las personas, señala que, en dinero, una mujer vale exactamente la mitad que un varón.

La novedad de la conducta de Jesús con la mujer

Los evangelios sinópticos señalan como un hecho profundamente novedoso el que Jesús se hiciera

acompañar habitualmente durante su predicación por un grupo de mujeres, que fueron fieles hasta el mismo calvario.

Esto era algo inconcebible para las costumbres rabínicas de la época, que prohibían tajantemente el hablar por la calle con una mujer (aunque fuera pariente), el hacerse acompañar por ellas, el ser servido por manos femeninas. Jesús no tiene en este campo el menor prejuicio. Habla siempre con positivo afecto de las mujeres; conversa con ellas en público (con la madre de Santiago y Juan; con la samaritana; con la hemorroísa); se dejar servir por ellas (caso de la suegra de Pedro).

Su postura desconcierta a los propios apóstoles, a quienes se les abren los ojos como platos cuando lo ven hablar con la samaritana: "Se asombraron de que conversara con una mujer; aunque ninguno le dijo: ¿qué quieres? o ¿por qué hablas con ella?".

Tampoco hay discriminaciones en sus milagros. Tres de sus prodigios



más espectaculares se hacen o por amistad hacia las hermanas de Lázaro; o por compasión hacia la viuda de Naín; o porque se trata de una muchacha, la hija de Jairo.

En las parábolas de Jesús aparece un «lenguaje femenino» que es absolutamente extraño dentro del estilo de los rabinos de la época: se habla de la mujer que mezcla la levadura a la masa, del problema de la que ha perdido una moneda; de las diez doncellas que esperan al novio de la boda; de la viuda y el juez inicuo; o el reino es comparado con una parturienta; o se habla con estima de mujeres del antiguo testamento.

Hay casos en los que se añade el agravante -para los judíos enorme- de tratar con extranjeras, malditas e idólatras, perras e hijas de perra para sus contemporáneos: es el caso de la samaritana, o el de la siro-fenicia. Elogia su gran fe. O contrapone su generosidad y sinceridad a la hipocresía de los fariseos, como en el ejemplo de la po-

bre viuda que echa en la alcancía del templo todo lo que tiene.

Su postura ante las mujeres llega hasta el escándalo, insoportable para sus compatriotas. Es el caso de la pecadora que, en casa de Simón, se arroja a sus pies y se los lava con su llanto y los enjuga con su cabellera. Aceptar este gesto de una prostituta era algo inconcebible -sacrilego y de excomunió- para cuantos le rodeaban, ya que tal ac-

titud era, para ellos, una expresión inevitablemente erótica: no podían entender que aquella mujer supiera expresar de otro modo su profundo agradecimiento al Maestro que la había curado de sus demonios interiores. El escándalo de los fariseos era, realmente, inevitable. Siempre le acusarán de mezclarse con publicanos y prostitutas, sobre todo cuando Jesús se atreve a decir que ellos y ellas precederán a los demás en el reino de los cielos.


Veinte siglos después, hay cristianos que no terminan de «perdonarle» a Cristo esa frase. Más aún, les extrañará la defensa por parte de Jesús de la mujer sorprendida en flagrante adulterio. Jesús reconoce que la mujer ha pecado y la trata como pecadora (por eso perdona sus pecados). Lo que no tolera es la discriminación de quienes, en el adulterio, sólo veían el pecado de la mujer. Tampoco tolera el bárbaro castigo del apedreamiento. Jesús la defiende con riesgo de la propia vida, ya que, al hacerlo, viola claramente un artículo de la ley judía.

Pero lo realmente llamativo es la profunda amistad que Jesús muestra hacia varias mujeres. Aún hoy



existen cristianos que tienden a camuflar esa amistad porque son incapaces de entender hasta qué punto, en un hombre adulto y maduro, puede haber, respecto a una mujer, un hondo afecto que nada tenga que ver con el sexo o con la pasión o con el erotismo. Jesús, que en su vida practicó el celibato perfecto y fue el hombre más puro y transparente del mundo, no tuvo inconveniente en acercarse con profunda amistad humana a varias mujeres.

No nos resulta fácil determinar esta amistad, dado que los evangelios son siempre parcos a la hora de informar sobre sentimientos íntimos. Es evidente que María Magdalena siente hacia Jesús un cariño profundo y puro, una entrega apasionada del corazón; y que Jesús «quiere» profundamente a las hermanas de Lázaro. San Juan no tiene pena en decir que Jesús «amaba» a Marta y María y cuenta cómo el Maestro lloró al ver llorar a María. Jesús —el Hijo de Dios, la pureza encarnada y hecha persona— es profunda y radicalmente hombre. Una ausencia total de esta limpia afectividad le convertiría en un reprimido o en un ser espiritualmente mutilado.

Hay un momento en que la audacia de Jesús es mayor, teológicamente mayor. En una civilización que negaba totalmente a la mujer el papel de testigo en cualquier juicio, Jesús pondrá a varias mujeres como primeros testigos del hecho que fundamenta su misión divina. No sólo testigos casuales, sino personas oficialmente encargadas por el propio Jesús de testificar. Los cuatro evangelistas parecen haberse puesto de acuerdo para documentar todos ellos este dato trascendental que coloca a varias mujeres, y especialmente a la Magdalena, en la primera fila del testimonio apostólico. 



Normas impuestas por los talibanes* contra las mujeres

(*fundamentalistas musulmanes que actualmente controlan el 90% de Afganistán)

1. Completa prohibición del trabajo femenino fuera del hogar.
2. Completa prohibición de cualquier tipo de actividad fuera de casa, a no ser que sean acompañadas de su mahram (= pariente cercano masculino).
3. Prohibición de cerrar tratos con comerciantes masculinos.
4. Prohibición de ser tratadas por doctores masculinos.
5. Prohibición de estudiar en escuelas, universidades, etc.
6. Obligación de llevar un largo velo (=burqa), que las cubre de la cabeza hasta los pies.
7. Azotes, palizas y abusos verbales contra las mujeres que no vistan de acuerdo con las reglas talibán o contra las mujeres que no vayan acompañadas por su mahram.
8. Azotes en público contra las mujeres que no cubran sus tobillos.

9. Lapidación pública contra las mujeres acusadas de mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio

10. Prohibición del uso de cosméticos (a muchas mujeres con las uñas pintadas les han sido amputados los dedos).

11. Prohibición de hablar o estrechar las manos a varones que no sean mahram.

12. Prohibición de reír en voz alta (ningún extraño debe oír la voz de una mujer).

13. Prohibición de llevar zapatos con tacones, que pueden producir sonido al caminar (un varón no puede oír los pasos de una mujer).

14. Prohibición de montar en taxi sin su mahram.

15. Prohibición de tener presencia en la radio, la televisión o reuniones públicas

16. Prohibición de practicar deportes o entrar en cualquier centro o club deportivo.

17. Prohibición de montar en bicicleta o motocicleta, aunque sea con sus mahrams.

18. Modificación de toda la nomenclatura de calles y plazas que incluya la palabra «mujer.»



Félix Serrano Ursúa - felixufm@guate.net

Durante el siglo XX la sociedad ha tomado conciencia de la igualdad fundamental de todas las personas, no importando el sexo, la edad, la condición social, el color de la piel. La Declaración de los derechos humanos de la ONU recoge esta gran afirmación y los Estados la han plasmado en sus respectivas constituciones y legislación. Del dicho al hecho, sin embargo, hay un gran trecho. Persisten todavía en el mundo abundantes formas de discriminación, de exclusión y opresión de la mujer. Basta ver a nuestro alrededor en nuestros países centroamericanos y constatamos que las mujeres tienen menos acceso a los estudios que los varones, y lo mismo ocurre en el trabajo, en la participación social y política. La mentalidad “machista”, que todavía subsiste, impide una comunión de vida, de diálogo y de decisión en las familias. La exclusión es mayor todavía en las áreas rurales e indígenas.

La conciencia social sobre la mujer ha favorecido también un estudio más detenido y profundo sobre la

Biblia y sobre la tradición de la Iglesia para revisar los comportamientos de la Iglesia con la mujer. La Iglesia tiene que pedir disculpas también en este argumento porque su actuación no ha sido siempre respetuosa y acorde con los principios bíblicos, algunos de los cuales se utilizaron para justificar el predominio del hombre sobre la mujer. La mujer ha sido, en gran parte de la historia de la Iglesia, una persona excluida y marginada, miembro pasivo y receptivo de las indicaciones de la jerarquía, constituida únicamente por varones. Hay notables ejemplos que rompieron ese esquema: Teresa de Jesús, Catalina de Siena y recientemente Madre Teresa. Los nombres se podrían multiplicar, pero son relativamente pocos frente a lo que fue la actuación general respecto a las mujeres en la Iglesia.

La Iglesia actual considera que todos los fieles cristianos, sean varones o mujeres, tienen una igual dignidad en Cristo y en la comunidad eclesial. Por el bautismo todos somos hechos hijos del mismo Padre


y hermanos en la comunidad cristiana. Todos los fieles cristianos participamos del ministerio profético, sacerdotal y real de Cristo y somos corresponsables de la misión pastoral de la Iglesia. La teología habla más de cristianos en general, que grupos de género (varón – mujer).

Por la participación en el ministerio profético de Cristo los cristianos, y por ende las mujeres cristianas, anuncian el evangelio en diversas formas, realizan acciones catequísticas abundantes. Desearíamos que hubiera más teólogas, que hicieran un aporte más específico desde la femineidad a la teología y a la Iglesia. La presencia femenina en la comunicación de la experiencia cristiana es fundamental, especialmente en los hogares, en las escuelas, en las parroquias y cada vez más en otros ámbitos sociales y de los medios de comunicación social.

Las mujeres, participando en el ministerio sacerdotal de Cristo, ofrendan su vida a Dios Padre como culto espiritual. La participación

en la vida sacramental expresa mediante ritos-palabras-oraciones la orientación de una vida consagrada a Dios. En el sacramento del matrimonio los contrayentes son los ministros ordinarios del sacramento. La participación de las mujeres en la liturgia es hoy rica, activa y significativa, y colabora en ministerios de acogida, en el canto, en la proclamación de la Palabra, en el ministerio extraordinario de la eucaristía y en tantísimas formas de expresión religiosa celebrativa. Una carta del Papa Juan Pablo II, **Ordinatio sacerdotalis**, dice que “la Iglesia no tiene facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres” y que “esta doctrina debe ser considerada como definitiva por todos los fieles”. Esta limitación en la participación del ministerio ordenado, que está en orden de la salvación y de la comunidad, no es tan importante como el ejercicio del sacerdocio de la propia vida y su presentación y ofrecimiento, juntamente con Cristo, en la Eucaristía.

La mujer está inserta también en Cristo y en la Iglesia en el ministerio real de Cristo, lo cual significa una colaboración en los servicios y ministerios eclesiales y en la transformación del mundo de conformidad con el evangelio. En la actualidad muchas mujeres participan en Consejos Pastorales, en la animación y coordinación de sectores de la pastoral. En ocasiones tienen a su cargo funciones sumamente importantes en parroquias en las que no hay sacerdotes de forma permanente.

Existen reclamaciones justas de parte de ciertos sectores femeninos en la Iglesia que la comunidad cristiana debe atender; pero sería lamentable que olvidando lo fundamental “ser cristianos” nos enfrascáramos en una disputa de género y reivindicatoria de derechos. 



Don Bosco y las mujeres

Sergio Checchi - limana@hotmail.com

Don Bosco era hijo de su época, evidentemente. Y su época no era la nuestra, sino el siglo XIX: siglo de los primeros trenes, de las primeras fotografías; siglo de Napoleón, de Carlos Marx y de la reina Victoria. La mentalidad y los gustos de aquellos años eran diversos de los de ahora. Entre otras cosas, había cierto recelo respecto de las mujeres y se guardaba para con ellas un gran recato. Se veía en las mujeres un peligro moral, una tentación, más bien que un ser complementario del varón con quien compartir, madurar y colaborar. Los vestidos debían ser muy honestos, los gestos muy medidos, las palabras controladas. No debía favorecerse los

coloquios privados, las visitas, las confidencias entre mujeres y varones. Se aconsejaba un noble y galante distanciamiento.

Y si ésa era la conducta exigida al hombre en general, cuánto más si se trataba de un sacerdote. Los sacerdotes de esa época, época de la “Restauración”, formados en seminarios con resabios de “Jansenismo”, debían ser sumamente recatados, serios, breves cuando por necesidad debían tratar con alguna mujer.

Esto explica por qué Don Bosco, joven sacerdote de 26 años, el día de su ordenación sacerdotal, entre sus propósitos, escribía: “No conversaré con mujeres fuera del caso de oírlas en confesión u otra necesidad espiritual”. Y también expli-



ca por qué entre los preciosos consejos que entregó a sus primeros misioneros salesianos que partían para Argentina, les decía: "Sean caritativos y muy corteses con todos, pero huyan de la conversación y familiaridad con personas del otro sexo o de conducta sospechosa". Hoy nos preguntaríamos extrañados por qué Don Bosco une ahí los dos grupos: "mujeres" y "personas de sospechosa conducta". Era la cultura de la época.

En su biografía encontramos algunas anécdotas y disposiciones en esa misma dirección. Entrando un día en una barbería, no permitió que le afeitara una mujer. En sus enfermedades, Don Bosco nunca consintió ser atendido por mujeres, ni siquiera por religiosas. Tenía dispuesto que las mujeres no entraran en los dormitorios ni en la cocina si no fuera por absoluta necesidad. Recomendaba a sus Salesianos que fueran expeditos en las visitas de las mujeres. Cuando daba audiencia a alguna dama, dejaba la puerta de su oficina semiabierta hacia las personas que aguardaban su turno en la salita de espera. Cuando en diversas ocasiones alguna señora, encontrándolo en la calle, lo invitó a subir a su coche, Don Bosco daba las gracias y no acep-

taba, a no ser que estuviera acompañado de uno de los suyos o de algún caballero.

En el Proceso Informativo Don Miguel Rua declaró: "Quedaba uno maravillado al observar el recato con que Don Bosco trataba a las personas de otro sexo. La condesa Callori, entre otras, me hizo notar el hecho de que nunca alzara Don Bosco los ojos para mirarla al rostro, lo cual resultaba de gran edificación. Lo mismo procedía con aquéllas que por devoción querían que signara su frente con el pulgar o colocara la mano sobre su cabeza; se negaba a ello diciendo que les bastaba la bendición sacerdotal".

Así era la sensibilidad de aquella época. Era el modo como los sacerdotes defendían su pureza y su buen nombre. No se trataba, pues, de timidez, de complejo, ni de misoginia de parte de Don Bosco. El conjunto de su vida muestra una silueta bien diversa de nuestro Fundador.

Tuvo Don Bosco la suerte de tener una madre maravillosa: mamá Margarita. Mujer dulce y fuerte al mismo tiempo, de sólida fe cristiana y de incansable actividad, edu-

cadora envidiable. La relación de Juanito, niño, joven y seminarista con Margarita, fue muy estrecha. A su lado Don Bosco fue formándose su imagen de la mujer: una "madre". En 1846, cuando finalmente pudo establecerse en Valdocco, se trajo a su mamá de I Becchi para que fuera la "madre" de todos sus chicos. La presencia de Margarita en casa, cocinando, remendando, cuidando el huerto, hacía de la vida de aquellos muchachos una familia. A Margarita se le unieron más tarde otras mujeres: su hermana Mariana, la madre de Don Rua, la de Miguel Magone, la de Mons. Gastaldi.


Pero no se limitaba a eso la relación de Don Bosco con las mujeres. Necesitando continua ayuda económica para sostener sus muchos proyectos educativos y misioneros, necesitaba bienhechoras. Y a eso respondieron muchas buenas damas de la nobleza de Turín, de Italia, de Francia: las marquesas Barolo y Fassati, las condesas Callori, Cayas, Colle, Ugucioni... Don Bosco les escribía con afecto de hijo, llamándolas "mamá". En los viajes a veces se hospedaba en sus casas; y alguna vez, visitando ellas la obra de Don Bosco, las sentó a su lado en el comedor con los salesianos.

Escribe su biógrafo: "Su trato era amablemente cortés con las damas y con sus hijas, unido a un riguroso recato" (MB V 323). Nada, pues, de rudo o esquivo.

Hay algo más: cuando joven sacerdote, Don Bosco dedicó parte de su ministerio también a las jóvenes en varios institutos femeninos. A las muchachas en riesgo que vivían en las Obras Sociales de la marquesa Barolo, les daba catequesis, canto, dirección espiritual.

Y aunque sentía que por temperamento no se inclinaba hacia el apostolado femenino, impulsado por sueños misteriosos (“¡Cuidalas, son mis hijas!”), se convenció de que era voluntad de Dios que se ocupara también de las jovencitas. Y así fue madurando el proyecto de fundar el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, poniendo como primera piedra a aquella maravillosa mujer que fue María Mazzarello. Dijo un día: “La Revolución se sirvió de las mujeres para hacer un gran mal, y nosotros por medio de ellas haremos un gran bien”. Efectivamente no tardaron mucho en multiplicarse. Irían de misioneras y trabajarían codo a codo con los Salesianos en numerosos países del mundo.

Un último aspecto. La mujer más amada en la Casa de Don Bosco, en todas las casas salesianas, la mujer con mayúscula, fue y sigue siendo María, la Madre del Señor, la Madre de la Iglesia, la Madre de los jóvenes. No terminaríamos de hablar de la estrechísima relación de Don Bosco con María Santísima: experimentaba su presencia viva en la Casa, su intervención en la realización de su obra, su continua protección materna. A los muchachos la presentaba como Madre amorosa, solícita, educativamente exigente.

Hoy los tiempos son otros, y otra la cultura. La antropología, la sociedad, las costumbres, han sufrido un gran cambio. La mujer se encuentra hoy desgarrada entre dos fuerzas opuestas: la que la rebaja a ser objeto de consumo para la publicidad comercial, la pornografía, la prostitución, los experimentos biológicos; y la que la valora como el necesario complemento del varón en todas las grandes tareas humanas. 

¿Qué significa ser una mujer?

Diana Marcela Vanegas



La sociedad enseña a la mujer, desde pequeña, a ser sumisa y obediente hacia los hombres. El ambiente, los medios de comunicación y los mismos pensamientos que desde tiempos remotos han permanecido incrustados en las mentes de muchos, nos hacen aparecer a las mujeres como simples objetos o como seres inferiores.

En este contexto, descubrir nuestra identidad se vuelve un desafío complejo. Nos encontramos frente a un nebuloso panorama. Por una parte pesa, la enorme influencia del entorno; por otra parte, buscamos encontrar el valor de nuestro ser.

A mis 20 años, he tenido que recorrer un difícil camino para llegar a descubrir qué significa ser mujer y el valor que como tal tengo y merezco. En este camino, mi idea sobre lo que es ser mujer ha ido transformándose y evolucionando. Los suéteres rosaditos de cuando era bebé, los aritos en mis pequeñas orejas o aquel gorrito de flores amarillas con el que aparezco en una de mis fotos, fueron preparandole a la pequeña mujercita.

Desde chiquita, mi mamá me enseñó que los niños y las niñas éramos iguales, que no existía ninguna diferencia (que no fuera fisiológica, claro) entre ambos, y que era muy importante que los niños y las niñas interactuáramos porque -decía- era una forma de prepararnos para un mundo en el cuál cuando creciéramos, nadie iba a distinguir

entre hombres y mujeres. Por ello, desde kindergarten estudié en colegios mixtos. La práctica fue muy diferente para mí, ya que tanto en el colegio, como en la colonia o incluso en mi misma casa, siempre sentí una gran diferencia entre niños y niñas.

Cuando uno es pequeño no tiene conciencia de las diferencias de sexo que la sociedad nos impone: **“el color de las niñas es el rosado y el de los niños el celeste”**; **“los niños no lloran porque son hombres”**. Vivimos en una sociedad tan machista que nos impone hasta los sentimientos que debemos tener, no digamos las actitudes. La sociedad nos dice que las mujeres son débiles, delicadas, sumisas, obedientes hasta el punto de parecer tontas e inferiores. Los hombres son todo lo contrario: son fuertes, rudos, inteligentes y superiores.

Mi vida cambió cuando, a los once años, mi papá se fue de la casa. Entonces mi mamá asumió toda la responsabilidad. Mi idea de hombres y mujeres cambió. Para mí, los hombres eran unos inútiles que sólo servían para dar órdenes; y las mujeres eran fuertes, inteligentes y entusiastas. Gracias a esa situación, comprendí que mi mamá era una gran mujer y un ejemplo para mí por su valor, por su fuerza, por su inteligencia y por no echarse para atrás en momentos sumamente difíciles. Ella fue mi ejemplo de mujer, la mujer que vale por sus valores, por sus sentimientos y por sus pensamientos.


Cuando llegué al bachillerato, mis ideas sobre la mujer cambiaron de nuevo. Entendí que la mujer era una combinación de inteligencia y

apariencia. En la práctica, creo que alcancé las dos dimensiones. Lastimosamente la apariencia fue lo más importante. Me convertí en una persona superficial. Ser una chica era vestirse a la moda y con ropa fina, salir todos los fines de semana a fiestas, cuidar la figura y actuar un poco fresca. Esto me condujo a cultivar los prejuicios, a criticar y a temer ser criticada. Esa fachada me fue absorbiendo y, en el fondo, me sentía muy vacía, porque tenía que fingir para ser aceptada.

Cuando comencé la universidad, tuve un cambio radical en mi vida. Me encontraba en un ambiente totalmente diferente. Con gran dificultad fui haciendo nuevos amigos, que detestaban la superficialidad y que

me fueron incorporando a un mundo en el que no tenía que fingir para ser aceptada; simplemente tenía que ser yo misma, amar y valorar las cosas sencillas de la vida

En 1999 tuve mi primer acercamiento a Dios, gracias a un retiro de iniciación para un grupo religioso. En esa ocasión vi mi vida, y la vi mal, porque yo era sólo apariencias y prejuicios. Llegué a la conclusión de que tenía una visión muy equivocada de lo que era ser mujer. Nunca había pensado que somos verdaderas mujeres cuando descubrimos que somos personas, que valemos mucho, que somos humanos que sentimos, pensamos, actuamos, lloramos, reímos; que somos fuertes, pero también débiles. Soñamos, luchamos, tomamos decisiones y podemos cambiar

el mundo. La combinación de ello nos hace ser personas. Nuestros valores y forma de actuar es lo que nos hace ser verdaderas mujeres. 



Mafalda por Quino

El Boletín Salesiano se propuso auscultar la sensibilidad femenina en Centro América respecto a la condición de la mujer. Eligió a seis jóvenes mujeres profesionales, una por país. Ellas son: Ana María Tijerino (Honduras), Claudia Angel (El Salvador), Ileana Núñez (Nicaragua), Lidia Pretzantzin (Guatemala), Lorena Sánchez (Panamá), Valeska von Koller (Costa Rica) y Victoria Mónico (El Salvador). Se les propuso las siguientes preguntas: ¿Qué opinas sobre la utilización de la mujer como símbolo sexual? ¿Qué significa para ti la realización de la mujer? Ambas preguntas fueron seleccionadas por un grupo de mujeres jóvenes de El Salvador. Las respuestas llegaron por correo electrónico. Aquí aparece una síntesis de las mismas.



Foto de El Diario de Hoy.

Utilización de la mujer como símbolo sexual

Las encuestadas definen el problema como un “valorar a la mujer únicamente por su cuerpo, su rostro o su cabello, olvidando su inteligencia, sentimientos, capacidades. Es verla por su generosidad carnal” (Victoria). Es ser “utilizada como un objeto para atraer la atención” (Lorena). Se ven inducidas a responder a patrones culturales que les exigen “ser bellas, delgadas, mantenerse a la moda, tener medidas perfectas, lo cual ha contribuido a considerar a la mujer como agente de compra” (Ana María). El problema es visto como “consecuencia de la cultura machista y como influencia negativa de los medios de comunicación” (Claudia).

Esa devaluación de la mujer deriva en una “falta de autovaloración, en un proyectarse como objeto” (Lidia), en una “denigración que le

impide desarrollar su vocación femenina, actuar con libertad y realizarse como hija de Dios” (Valeska).

Tal manipulación de la mujer provoca alguna respuesta indignada: “Cuerpo, cuerpo, cuerpo: ¿acaso somos sólo eso? ¿Acaso no pensamos, no edificamos, no trabajamos? No somos sólo faldas cortas y pantalones ajustados, cabellos bien peinados y maquillajes refinados. Somos seres capaces de pensar, construir, cambiar, luchar por un mundo mejor” (Victoria).

Algunas subrayan las consecuencias de esta manipulación machista. “Reduce el papel de la mujer” (Ileana); “al subsistir la discriminación de la mujer, queda restringido su ámbito de acción y nuestra sociedad se empobrece” (Valeska).

Varias apuntan hacia reacciones que impidan esa cosificación de la mujer. “No debemos ser consideradas como cosas, como objetos

al servicio del interés egoísta y del placer” (Claudia). La mujer debe ser “tomada en cuenta no sólo por la belleza física, sino también por la espiritual, por la capacidad intelectual, por la riqueza de su sensibilidad” (Claudia). “La mujer requiere de un espacio, que debe aprender a exigir. No se trata de alcanzar una simple cuota de poder, sino de humanizar y transformar la sociedad, abarcando todas las esferas” (Valeska). “Más allá de ser un objeto seductor del sexo opuesto, es un ser que ama, siente y piensa” (Ana María).

En contraposición a una visión disminuida, cosificada de la mujer, algunas apuntan a su riqueza humana y espiritual. “La riqueza de la mujer es inmensa” (Valeska). “Debemos mostrarnos como lo que somos: una bella creación de Dios” (Lorena). “Hay que respetar y promover la dignidad de cada persona, hombre o mujer, como imágenes vivientes de Dios (Claudia).

¿Qué significa para ti la realización de la mujer?

Partiendo de la igualdad de los seres humanos, “no somos ni más ni menos que los demás” (Lorena), algunas encuestadas perciben la realización de la mujer en una dimensión personalista: “llegar a ser persona en plenitud” (Valeska), “ser felices por lo que somos y hacemos” (Claudia), “sentirnos libres de pensar, actuar, sentir, creer, vivir, sin ser discriminados como ‘artículos para caballeros’” (Victoria)

Algunas definen más concretamente la tarea que deben enfrentar, situándola en el campo personal: “Aceptación y valoración de sí mismas y donación de nosotras mismas a los demás” (Claudia); “igualdad de oportunidades, derechos y responsabilidades” (Claudia); “equilibrio adecuado en la diversidad de roles” (Ana María); “autonomía e independencia, que lleva a la mujer a elegir libremente, desarrollando la vocación de amar que Dios le dio” (Valeska). En síntesis, “la mujer podrá realizarse en la medida en que pueda escoger y amar” (Valeska).

Además de mirarse a sí mismas, miran a su entorno social y descubren las inmensas posibilidades de presencia y acción propias de ellas: “La mujer apenas comienza a ser consciente del gran potencial que lleva dentro, por tanto tiempo adormecido” (Valeska). “Somos una fuerza dormida que aún desconoce su capacidad y aporte a la sociedad y a la construcción del Reino” (Victoria).

Se consideran destinadas a ofrecer un aporte original y efectivo a la sociedad. “Tenemos la misma capacidad de trabajar por la realización de una mejor

sociedad” (Lorena). «Debemos continuar el amor y la comunión creados por Dios en todos los ámbitos en que nos desenvolvemos, desde el hogar hasta la política» (Claudia).

Tal misión y proyección social lo concretizan en acciones concretas: “Dar lo mejor de sí misma en cualquier campo de acción” (Ana María); “Colaborar en la realización de los que nos rodean” (Lidia); “Ser agentes primordiales en el logro de un mundo mejor” (Ana María).

No se perciben como rivales de los hombres, sino como complementarias: “Cumplir un papel importante en el quehacer social, que hasta hace un tiempo era del absoluto dominio masculino. Ese papel lo cumple de manera diversa al hombre, porque su perspectiva es distinta” (Valeska); “Saber llevar las responsabilidades como madre y esposa, y compartir diferentes roles sociales” (Ileana).

Se constata que la tarea se ha venido haciendo, y que exige una espiritualidad madura: “Se ha logrado avances sociales con los aportes de las mujeres” (Ileana); “Sólo en unión con Dios, que nos ha creado, elegido y amado” (Claudia).

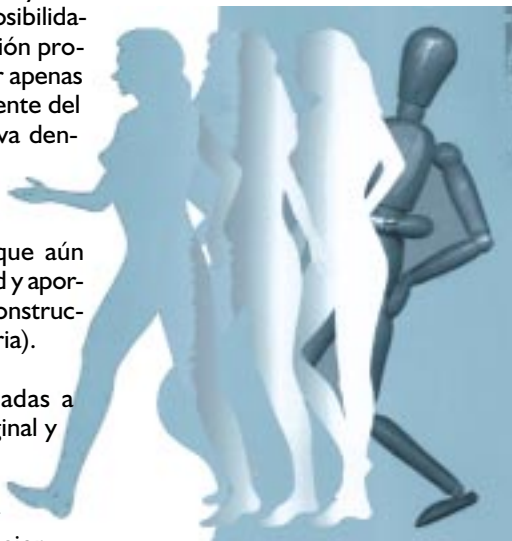


Foto de El Diario de Hoy.

«Las chicas de hoy abusan de la libertad conseguida por las feministas de ayer.»

La libertad y su uso, o abuso, en relación al feminismo fue analizada por Angela Lambert en un reciente artículo del diario británico «The Independent» (1 de marzo). Ferviente feminista, reflexionaba sobre cómo había luchado por la igualdad de las mujeres durante los 70. Ahora está preocupada porque las chicas de hoy abusan de la libertad conseguida por las feministas de ayer.

Lambert indicaba que las jóvenes «han perdido la ternura, el juicio, el sentido realista de su propio lugar y valor, el decoro», así como todo modelo de conducta sexual. En su lugar, están «obsesionadas con su propio cuerpo, maquillaje, peinado y ropa». Los valores, sigue Lambert, «han sido sustituidos por una codicia de experiencias, excitación, riesgo, opulencia, drogas y alcohol».

Lambert declaraba que «no es infringir sus libertades decir a las jóvenes que se esperan de ellas ciertas formas de conducta en público y no es pequeña la razón de que actuar de otra manera les puede poner en grave riesgo». Concluía admitiendo que aunque las madres y abuelas de las actuales jóvenes lucharon por su libertad, «nunca les enseñaron cómo emplearla».



Muchacha, levántate



Talita Kumi - takumi@rds.org.gt

Alta Verapaz, en Guatemala, es un territorio montañoso donde el verde es dominante. Extensos pinares alfombran una curiosa geografía irregular. Diversas etnias indígenas constituyen la mayoría de la población. Sus trajes multicolores y sus ricos idiomas dan vivacidad a una tierra donde abunda también el silencio de la naturaleza. Hasta allí llegó la influencia evangelizadora de Fray Bartolomé de las Casas en los tiempos de la colonia.

En las afueras de la ciudad de San Pedro Carchá se alza, abriéndose espacio entre los pinos, el Centro Talita Kumi: un complejo de edificaciones macizas, modernas y re-

bosantes de vida femenina. Cuatrocientas jovencitas indígenas internas han acudido allí como mariposas a la luz. Su extraño nombre hace alusión a la frase bíblica dicha por Jesús cuando resucitó a una jovencita muerta: "Muchacha, levántate."

Estas muchachas indígenas tienen aquí la posibilidad de soñar. Atrás quedó el marco estrecho de ser destinadas a un matrimonio temprano y arreglado, una vida casera y una dependencia permanente del varón. En Talita Kumi viven, trabajan, estudian, oran y se divierten en un ambiente de intensidad vital difícilmente imaginable.


Los indígenas en Guatemala la saben por experiencia de siglos lo que es marginación y racismo. Para la mujer indígena, la dosis opresiva ha sido aún mayor.

Talita Kumi es el centro símbolo de una red de ofertas de crecimiento para la mujer indígena. Las oportunidades van desde apoyos modestos a grupos de mujeres en sus propias aldeas hasta réplicas impresionantes de este magnífico centro en localidades distantes.

El proyecto educativo de Talita Kumi es innovador dentro del cultivo de la identidad indígena. Las jóvenes encuentran la

oportunidad de cursar estudios formales con programas educativos ambiciosos y modernos. Aquí se conjuga genialmente estudio y trabajo, aula y servicio social en las comunidades, teoría y gestión.

Es un laboratorio acertado de ensayos educativos no tradicionales.

El núcleo animador de este proyecto ambicioso es una humilde comunidad religiosa compuesta exclusivamente por monjas indígenas, las Hermanas de la Resurrección. Ellas han logrado inventar una versión incultrada de la vida religiosa. Y se están abriendo a las exigencias de la vida moderna desde su condición de mujeres indígenas. 

Monjas que no descansan



Las Hijas de María Auxiliadora parecen no descansar. Durante la semana sus horas quedan absorbidas por el trabajo intenso que demanda ordinariamente un centro educativo populoso. Las más jóvenes deben acudir también a la universidad.

Sábado y domingo el colegio es inundado por una marea femenina diversa a las alumnas de la semana. Llegan en invasión pacífica las muchachas pobres, que no pueden costearse una educación formal, porque deben trabajar para el sustento propio y de la familia. Trabajan en maquilas o en el servicio doméstico con remuneraciones bajas y condiciones de explotación y a veces de franco abuso. Muchas han emigrado a la ciudad dejando atrás sus raíces culturales.

Son cerca de mil. Su fin de semana lo transcurren en laboratorios modernos de computación, corte y confección, belleza, pastelería, mecanografía. No son pocas las que deben empezar con los rudi-

mentos del abecedario. Otras completan el curso de enfermería auxiliar. Todo condicionado con una música ambiental estimulante.


La jornada del domingo queda hábilmente repartida entre lecciones, talleres, diversión, catequesis y celebración eucarística. Es una

conjugación genial de trabajo y fiesta. Es palpable el disfrute de estas centenares de muchachas de su oportunidad de convivir libre y creativamente, liberadas de sus ambientes opresivos.

Los trajes indígenas de las numerosas etnias de Guatemala forman una fiesta de diseño y colorido.

Las alumnas mayores del curso normal del Colegio dedican la tarde del domingo a compartir sus conocimientos con estas mujeres menos afortunadas.

La experiencia lleva años de ir creciendo. Aún más, en todas las obras educativas de las Hijas de María Auxiliadora se da el mismo fenómeno: puertas abiertas el fin de semana para esta avalancha de jóvenes mujeres tan hambrientas de saber.

Las religiosas lucen complacidas moviéndose en esa abigarrada y pacífica multitud. Pero queda flotando la pregunta: ¿Cuándo descansan estas Hermanas? 

Antigua Leyenda

Un niño que estaba por nacer, le dijo a Dios:

-Me dicen que me vas a enviar mañana a la Tierra, pero ¿cómo viviré tan pequeño e indefenso como soy?

-Entre muchos ángeles elegí uno para ti, él te cuidará. Tu ángel te cantará y te dirá palabras dulces y tiernas. Y con mucha paciencia y cariño te enseñará a hablar.

-Y ¿qué haré cuando quiera hablar contigo?

-Tú ángel te juntará las manitas y te enseñará a orar.

-He oído que en la Tierra hay hombres malos. ¿Quién me defenderá?

-Tú ángel te defenderá aun a costa de su propia vida.

- Pero estaré siempre triste porque no te veré más, Señor.

-Tú ángel te hablará de mí y te enseñará el camino para que regreses a mi presencia, aunque Yo siempre estaré a tu lado.

En ese instante, ya se oían voces, y el niño presuroso, repetía angustiado:

-Dios mío, si ya me voy, dime ¿cómo se llama mi ángel?

-Su nombre no importa, tú la llamarás Mamá.

Mujeres nuevas para un mundo nuevo

Hay un grupo de la Familia Salesiana que se caracteriza por su trabajo en favor de la promoción de la mujer y su valorización como factor de cambio en la sociedad. Se trata de la Asociación de Damas Salesianas.

Dicha asociación fue fundada en Venezuela. En pocos años se extendió por toda América Latina y otras partes del mundo. Diseminadas en un continente que se caracteriza por el machismo, en donde la mujer es minusvalorada e inclusive maltratada en diversas formas e irrespetada en su dignidad, las Damas Salesianas ofrecen una propuesta de cambio original. Se inspiran en el sistema educativo de Don Bosco, cuya motivación fundamental es formar "honrados ciudadanos y buenos cristianos". Traducido al ámbito femenino, ellas proponen un proyecto de mentalidad empresarial y cristiana, que busca la promoción integral de la mujer. No sólo se trata de socorrer a las mujeres desvalidas con servicios de salud, educación, aprendizaje de un oficio o profesión, ofertas de trabajo, etc. Se trata sobre todo de hacerles



tomar conciencia de su dignidad de mujer, de su papel como agente de cambio en la sociedad civil.

Recientemente, del 19 al 23 de febrero pasado, tuvo lugar en Guatemala el Sexto Encuentro Regional de la Asociación Damas Salesianas, que reunió representantes de Centroamérica, Panamá y México. Todos los países involucrados enviaron delegaciones a la capital chapina, excepto El Salvador, debido a la emergencia que dicho país ha estado viviendo a causa de los terremotos.

El Encuentro contó con la presencia del fundador, el padre salesiano Miguel González, la presidenta del Directorio Internacional, Alicia Pimentel, y la consejera regional, Elizabeth Longhi, de Costa Rica.

Sus intervenciones fueron altamente iluminadoras para las participantes, a quienes supieron transmitir una fuerte carga de motivación para su trabajo en los diferentes países. El voluntariado femenino, la formación, el perfil de la Dama Salesiana, la espiritualidad, la cap-

tación de nuevos miembros, la gestión del proyecto-empresa, fueron los temas que enriquecieron a la concurrencia. Varios de esos temas fueron desarrollados por las mismas congresistas, previamente preparados por las delegaciones asistentes.

El clima de familia, de sana alegría y fraternidad dieron ese toque de gracia y amenidad a una reunión de trabajo serio y apretado, desarrollado con mucha responsabilidad. La delegación de Guatemala, presidida por la Sra. Lubia de Barrios, se lució por la calidad en la organización del evento.

Queda ahora para las participantes el compromiso de aplicar las conclusiones y enseñanzas del Encuentro en sus respectivos países, para el crecimiento de su propia obra y sobre todo para el logro de las metas a favor de la promoción de la mujer latinoamericana. 